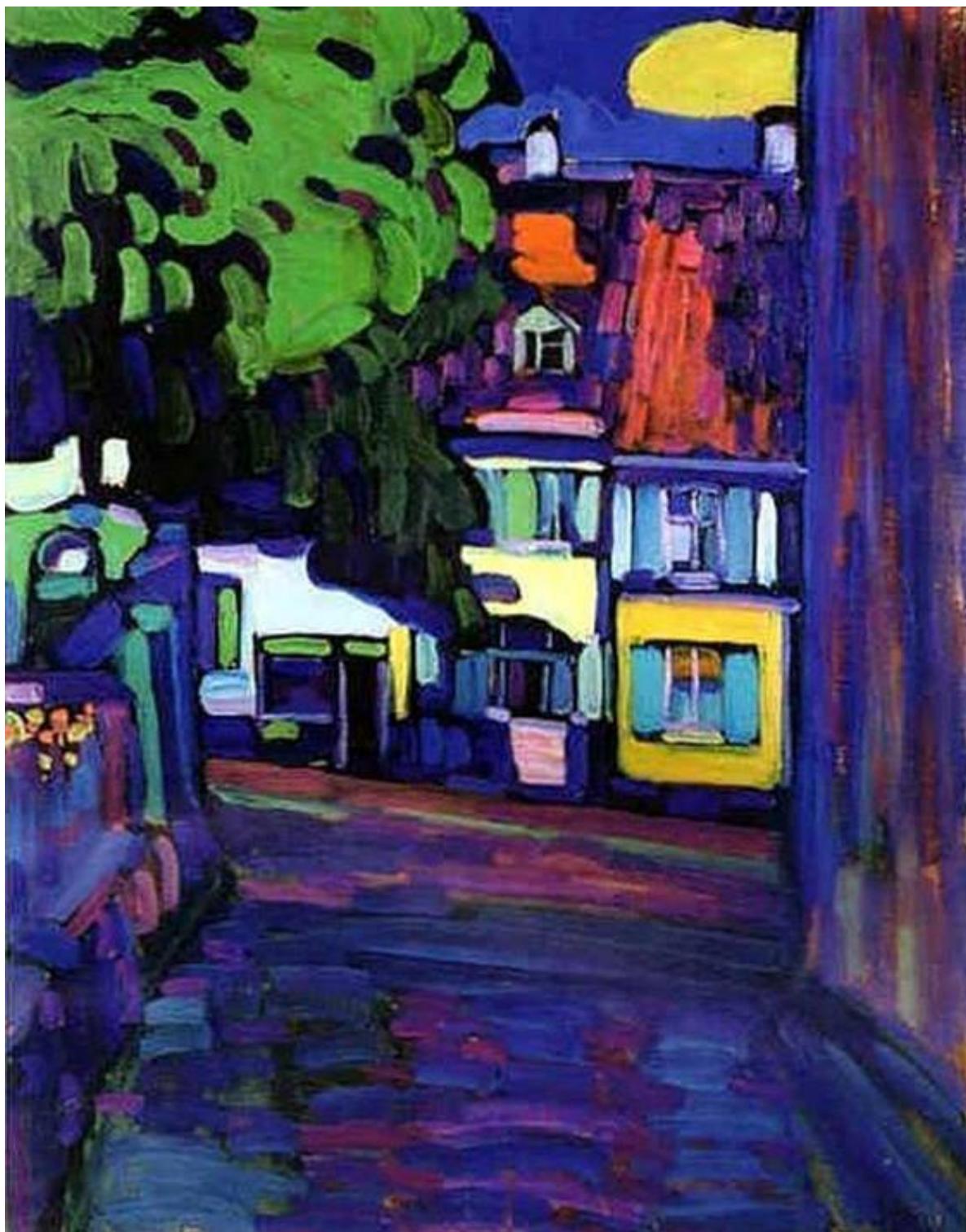


Cuentos

Mauro Maurois



Capítulo 1

Figuración de una máquina encendida

A mitad del trayecto, Mauricio Segal volvió a mirar las cortinas. Eran de un vago rojo bajo el sol, como párpados bajo el sol. Las corrió con fastidio, y aquella mano brusca y el lugar de las cortinas no fueron un arrebató, sino una prudencia ante el íntimo eclipse propio de una ceguera momentánea. Pudo ver tras el cristal la misma llanura, el verde lento de tan extenso, las mismas nubes grandes con vientres plateados que había visto algunas horas atrás. El lugar y la época en que estaba eran un coche en el Buenos Aires profundo, casi pampeano, de mil ocho ochenta y seis. Volvió a correr el rojo vago de las cortinas. Ese encierro le hizo ignorar otras imágenes, como las del coche llevando sobre sí reflejos distantes; la de sus hendiduras, cuando agitaban los árboles repetidos, como en prólogos de tempestad; las ruedas altas, desgarrando espectros de la tierra y arrojando sombras entre la tierra; o el reflejo del sol blanco, que haría de todo intento de recordarlo una abstracción saturada y aún abrasante.

Segal se impacientaba. Anhelaba un cambio brusco en el paisaje, imaginando que sería algo parecido al susto de un chico cuando la noche le surge brusca, cuando las horas diurnas le fueron alegres. Se culpaba de no haber llevado consigo algún libro para suspender el hastío, es decir hacía del olvido algo deliberado, y del Segal de aquel su pasado reciente, un confabulador de sí mismo. Hasta que lo urbano comenzó a acercársele.

El coche lo encimó a una casa que hacía esquina. No eran ni las tres aún. Segal se bajó, dio al cochero unas órdenes escuetas, hundió sin atención, sin intención, sus dedos entre los hilos dorados de las crines, despidió al hombre y vio al coche irse calle abajo, las sombras del ramaje como cascadas sobre la madera brillante, el sol hecho soles sobre el empedrado, y una confrontación de casas bajas, allá, estrechando una nube o una imposible cumbre de cordillera nevada. Dos mujeres que paseaban del brazo se pararon a mirarlo, asustadas, desde la vereda de enfrente. Apocaron una reverencia y se persignaron. Segal pretendió ignorar aquella advertencia, que las aguas de su miedo no desbordaran y anegaran su compostura, frágil como cualquier intención. Las mujeres se iban y él quiso simularse una distracción estética, mirando sus vestidos blancos, minuciosos al sol y violáceos entre las sombras.

No le sorprendió aquel paraje civilizado engastado a orillas de la barbarie. Después de todo, tal vez era cierto que la patria andaba hacia el progreso. Pero fuera de ese pensamiento propio de lo decimonónico, nada de lo que fue mandado a ver tendría que suscitarle sorpresas. Había sido advertido, en la redacción. Dentro de las paredes de su prudencia también, mientras recababa información sobre el caso. Desde los tiempos punzó se rumoraba un invento imposible. Tales imaginaciones sobrevivieron a los

cañones y a las lanzas de Caseros, a la metralla del mariscal López, a las puñaladas sobre el torso de Urquiza, a la peste amarilla mientras Sarmiento, y a las descargas de los Remington sostenidos por manos subordinadas a Roca. Pero una vez trascendió la noticia de que el invento era ya una realidad, los rumores murieron de todas esas tragedias juntas. Mientras miraba la casa que albergaba el invento y a su inventor, Segal se arrepentió de haber deseado el apuro. Se figuraba un Moltke allí adentro, un anciano de mirada pétrea, y ya preveía las anécdotas que Ugarte podría referir en el decurso de la entrevista, que serían más bien obituarios hechos de oralidad. “Yo escucho de los sepulcros sus gritos, que los oros de los galones no acallan”, pensó, recordando los versos de un olvidado autor francés. El temor le hacía forzar vínculos que otras situaciones no permitirían. Es decir, pensar en el coronel Ugarte, Ugarte el unitario, El Centauro de Las Pampas —a caballo siempre, fundidos jinete y corcel en una misma silueta durante el declive del día—, el pacificador de indios, el sable de la civilización y el progreso a decir de Mitre, era para Segal pensar en los pueblos reducidos a llantos y humaredas tras el paso de Ugarte y sus huestes; en los degollados y en las de carnes profanadas; porque si bien ningún sentimiento ni recuerdo lo enlazaba, la simple mención de aquel rango y apellido desenterraban a los muertos por Ugarte.

Decidió, por fin, entrar. Corrió la reja de fierro. El chirriar le pareció un mal presagio. Una vez dentro, en el pasillo al aire abarcado de pleno por las luces diurnas, dio vuelta su mirada. Vio la calle, la fachada de enfrente, enrejadas, y sintió que algo más que unas rejas lo separaban de ellas. Le tentó el irse, pero Segal, al igual que tantos, ignoraba dónde. Se adentró entonces en la tibieza y se detuvo donde la puerta, al fondo. Le hizo ruido con los nudillos. Creyó escuchar adelante, y por ello obedeció a la ilusión. La casa era pequeña y esto resultaba una paradoja para aquel que tanto contribuyó en la ampliación de la frontera. El interior por poco no era semejante a una tumba, como Segal podrá comprobar; llegaría a la conclusión de que entre los dominios del coronel se encontraban el silencio y la ilusoria suspensión del tiempo.

Se oyeron unos pasos que aferraron aún más a la quietud al ajeno. Una silueta, carne hecha sombras, emergió del umbral. Le hizo, a Segal, además de que lo siguiera. Desembocaron en una sala con aires de taller y laboratorio; convivían allí alambiques, morteros, elementos de cristal superpuestos en perspectiva, de modo tal que tubos y vasos hacían de sí viscosidades estáticas. El huésped momentáneo observó con atención, primero, el sitio, y un matraz que hervía mercurio, después. Más bien el mercurio. De ese furor plateado, que duplicaba con cualidades sísmicas el microcosmos circundante, unas burbujas insistían en el mismo matiz sepia. Segal descifró el enigma y volteó a ver un daguerrotipo del coronel, joven, de postura gallarda, arrogante, despojado de todo tiempo y de toda muerte, con las manos enguantadas a la altura del abdomen que aún descansan sobre la empuñadura de un sable vertical e incompleto. Le sorprendió el contraste que los años habían esculpido sobre el coronel una vez se dignó a mirarlo; el porte de Ugarte se había inclinado, como el

que apenas escucha; ya no estaban el quepis ni las orejas, pero sí abundaban largas canas. Sin embargo, la modificación más notoria no era la de la piel, antaño tersa, ni la del vientre, ahora prominente, sino los ojos, ausentes, casi. Casi porque aún podían vérsese gajos de órbita recubiertos por párpados y pestañas, largos hasta la exageración; ellas, las pestañas grises, hacían sombras sobre la saliente carne de los párpados inferiores. Aquellas aparentes heridas de sus ojos, como hechas por un filo (Segal las compararía, en su imaginación, con la textura del hígado vacuno) colorearon el recuerdo de los que vieron al coronel, quien era de una piel de tonalidades vagamente definidas.

Ugarte fue el primero en dirigir la palabra. Poseía una voz de las que denominan cascada. Segal siguió con interés el soliloquio autobiográfico, que le apaciguó los temores. Pese al afán de claridad del coronel, le resultó, a Segal, de ejecución contraria; las palabras, que surgían atropelladas, entorpecían la comprensión; se superponían el gobernador Rosas y el general San Martín, por ejemplo, en medio de una misma oración (el coronel conoció en persona a ambos), y el general surgía, en el imaginario del oyente, con ojos claros y pobladas patillas de cobre. Sin embargo, Ugarte apeló a la solemnidad al referirse a su padre. A Segal le sobreviviría en la memoria, como si la vivencia le perteneciera, que Rufino Ugarte, el padre, fue herido por la metralla en el brazo derecho en una explosión de relativa lejanía; que debieron amputárselo; que pese a la aparente mejora del principio, su hijo y su esposa sufrieron tal vez tanto como Rufino luego, cuando, retorciéndose por la desesperación sobre el catre del hospital, perturbaba con sangre y pus la blancura de las sábanas, el silencio con gritos desgarradores, como si una y otra vez le volvieran a arrancar el brazo; hasta que el opiáceo lo aquietó, lo acalló para siempre, lejos de sus dos patrias, porque una de ellas era su familia, pero en sus últimos momentos le resultó imposible reconocerla; y la otra desde luego no era la de cielos más amplios, la de llanuras desnudas, la hostil, la por entonces convulsa península de Crimea. Otros detalles referentes a esa estadía, como la de que el general Rufino y su hijo el capitán fueron enviados como veedores del conflicto, se extraviaron entre otras reminiscencias.

Realmente tuvo usted una vida de novela, coronel. Quisiera ahora, si se me permite, que me hable sobre su condición de inventor, qué le motivó a dejar todo de lado para experimentar en este laboratorio. Bueno, mi esposa era incapaz de procrear, por lo que sentí que debía dejar algún legado, porque un cadáver puede dejarlo cualquiera. ¿Ah, anotarás eso?, diré más frases de ese estilo si a los lectores de tu columna les interesa. Como decía, mi esposa (Dios la tenga en la gloria) murió de peste durante la última epidemia. Eso me entristeció mucho. Recibía esquelas en mi casa, de parientes y amigos que morían de peste también. Hui hasta aquí y... Sí. Algo recuerdo yo, coronel, de aquel tiempo, pese a mi corta edad. Si al relato de Defoe sobre la gran plaga en Londres se le reemplazaran algunas referencias, podría pasar por unas evocaciones de la epidemia de mil ochocientos setenta. ¿El relato de quién, joven? Defoe, Daniel Defoe, coronel: *Robinson Crusoe, A journal of the plague year...* ¡Ah!, no, no leo

novelas. Prefiero vivir la realidad. La vida es el mejor maestro. Además no hablo inglés. Ya demasiado nos han agringado. ¿Anotarás eso también?, podés poner que no soy ignorante como creen los que me corren la jeta cuando me ven por la calle, ni malvado, ni tampoco planeé la muerte de mi mujer para desposar a mi criada, porque nunca tuve una. ¿Una criada para limpiar la casa y que me cebe unos mates? Coronel, quisiera ahora que me muestre su invento, del que tanto se ha hablado. Ah, sí. Pero primero te voy a mostrar otros. A tu derecha... sí, al lado de tu silla, sobre la mesa... podés quitarle el paño que lo recubre. No te asustes. Ese pequeño espejo de marco grueso refleja imágenes en movimiento de otros lugares a la vez que suceden en la realidad. Digo que suceden al mismo tiempo porque en una ocasión vi que reflejaba el exterior de mi casa, con el atardecer detrás. Insiste en mostrarme el mar, como ahora. No sé cuál en esta ocasión. Yo diría que se trata de uno tropical, coronel, por las arenas blancas, o grises esta vez por la tormenta incipiente, las aguas verdes y las siluetas inquietas de las palmeras que las enmarcan. Este otro, que está a mi lado... esperá que le quito la sabana. Es más grande, como podés observar. Pero no refleja nada, coronel. Está en blanco. Sí, pero es cuestión de mirarlo unos segundos. Yo sé que ahora está reflejándote porque te miro, pero si doy vuelta la mirada reflejará lo que estoy viendo desde mi punto de vista. Pero vos no puedes verlo, porque refleja lo que cada uno... ¿Qué es lo que ves? Yo veo un espejo dentro del espejo, y otro dentro de él, así hasta el infinito, coronel. Ahora que lo miro a usted puedo percibirlo reflejado por el rabillo del ojo. Cuando nadie lo está mirando se pone en blanco, no sé por qué. ¿Será porque...?, ¿sabe lo que es el idealismo, coronel? No, no lo sé. Seré breve hasta lo grosero: es una escuela del pensamiento, y postula, entre otras cosas, que aquello que no percibimos mediante nuestros sentidos deja de existir. Tal vez la cualidad reflectante del espejo se rige mediante ese principio, de modo que cuando no observamos el cristal su realidad se esfuma, y aparece el blanco, que es el principio y fin de todos los colores, o por lo menos lo que nuestra configuración de la retina nos permite reconocer. El blanco es en realidad el reflejo de todas las posibilidades del color que un objeto puede exteriorizar cuando lo observamos, y... Todos estos proyectos los vengo realizando desde joven. Este otro... Este recipiente tiene la capacidad de almacenar agua, pero permite además, si se lo deja al sol, grabar la luz. Puede servir como linterna durante la noche. Y este es mi último invento, del que tanto se habló. Ugarte hizo aparecer una pesada caja de debajo de la mesa. La colocó luego sobre ella. Le desenvolvió el pañuelo que la cubría. Era una caja de madera, con una lente en su frente, similar a una cámara de daguerrotipo con la excepción de que una manivela dorada se destacaba en uno de sus costados. La abrió por detrás. En apariencia se encontraba vacía. Pero si uno mira por la lente pueden verse figuras de ensueño. Adelante, pero primero recomiendo que te quites las gafas. ¿Qué ves ahora? Veo una suerte de fuego de agua, coronel. Quiero decir, agua flotante que se comporta de la manera arbitraria que tiene el fuego en su plenitud. Nunca vi esa imagen... Ahora cambió, coronel, con la velocidad del parpadeo. Veo

una esfera como de níquel, girando sobre su propio eje, y reflejando sobre su superficie cada aguja iridiscente de un sol que no está. Eso lo he visto ayer. ¿Cuál sería la función de esta máquina, coronel? Esta máquina tiene la capacidad de crear nuevos libros. ¿Como una imprenta? Digamos que sí. Mejor te mostraré cómo funciona.

A Segal le ordenaron alcance unos libros que se encontraban apilados en un extremo de una mesa. Ugarte abrió la caja y colocó en la cavidad vacía y oscura cuatro libros, el límite que el espacio otorgaba; acercó su ojo muerto a la lente, asintió a un íntimo pensamiento con un letárgico movimiento de su cabeza y comenzó a girar la manivela; las escasas vueltas revelaron la sencillez del mecanismo. Nuevamente contempló el interior por la lente, nuevamente asintió. Un ademán hizo que Segal imitara el acto reciente. Pudo ver con claridad un libro abierto, un retrato al acero de un hombre venerable en la página izquierda, y leyó, en la siguiente, el título de la novela ("Otoño de Praga"), el nombre del autor (Basilio Lugarmióff), el del traductor (Florencio del Hacha), el de la editorial (Casa Terra Nullius), y el año de la edición (mil ochocientos cuarenta y ocho).

¿Esto es todo?, preguntó Segal. El coronel respondió con otro movimiento de la manivela. Surgieron allí dentro el primer capítulo y la prosa subsiguiente. Segal leyó las primeras líneas (una soporífera descripción de un paisaje a las afueras de Brünn, de una carga poética con pretensiones de vigor) y le sorprendió la perfecta sintaxis de las mismas. Pero eso, pensó, no es más que el apartado técnico del lenguaje. Giró la manivela varias veces hasta llegar a una página de tres cifras. Aquí el conflicto parecía hallarse en la cumbre. Fiala (Violeta según tradujo Florencio), reprochaba a su anciano padre el error de considerarla dispuesta, sin consultárselo, a contraer matrimonio con Pierre, el acaudalado hermano del poeta y bohemio Étienne, su verdadero amor, cuyas necesidades económicas le arrastraron a Praga para ejercer como secretario (uno ineficiente, por cierto) de su hermano. Los diálogos le resultaron fluidos, pero más allá de esa impresión, y más allá del estilo literario propio del romanticismo (florido, densamente descriptivo y abarrotado de emociones robustas) a Segal le pareció que aquellas páginas eran en realidad producto del esfuerzo de alguien y no de algo. Concluyó la lectura en el momento en que Fiala recibía, sin esperárselo, un revés sobre su mejilla por parte de una mano enguantada en blanco y fragante. Era la mano de su padre.

¿Y, qué te ha parecido?, supongo anotarás cada una de tus impresiones. Y esto no es más que un prototipo. Pienso aplicar mejoras, como una abertura para la salida de páginas impresas, y... Usted... Es usted un ser... Es usted un monstruo. Lo que hizo no tiene perdón. ¿Quién se piensa que soy, Ambrosio Sandes? Quisiera me agravié con fundamentos, usted. No me interesa me trate de usted. Hizo... Maquinizó, tecnicizó, sistematizó el libre curso de la imaginación, el de la memoria; redujo a vulgares movimientos de mano el esfuerzo, la dedicación, la vocación de crear. Hizo..., hará del arte una industria, del mecenas un objeto inanimado, del alma una figura geométrica. No sea romántico, el progreso... ¡Progreso

nada! Acaba de enterrar todas mis ambiciones literarias, mis legítimas ambiciones de juventud como mandó a enterrar el cadáver de El Chacho, el de Catriel, el de Calfucurá, y no sé de quiénes y cuántos más. Es un monstruo tanto dentro como fuera de la guerra.

Ugarte alzó el mentón, se levantó de la silla y acercó su robusta figura hacia Segal, a distancia de sable, como si aún llevara uno consigo, capaz de tajear cualquier afrenta. El cercano rostro le inspiró temores remotos, ancestrales, que abandonaron su oscuro rincón para hostigarlo con helados sobresaltos.

Yo sabía vuestra excelencia no sería excepción en descortesía. Sí excepcional. Desearía se retire de mi casa. No tengo cómo ni dónde ir. Mi cochero volverá hacia la noche. Ya es la noche.

Miró entonces por la ventana, a su izquierda, y vio retemblar la luz del sol sobre el follaje. Pero el cielo se mostraba nocturno, desbordado de constelaciones, cuyos vibrantes fulgores perfilaban galaxias subyacentes. El coronel tomó la linterna, su invento, y todo cristal pareció desintegrarse en estrépitos de luz; las retinas padecieron dolor; el entorno, que antes condensaba sobre sí el mercurio, moderó otra vez su integridad entre espectros de tintes difusos; y todas las sombras de todos los objetos se ladearon velozmente, porque entre la plenitud del día y su crepúsculo mediaron apenas unos segundos y el movimiento de una mano.

Reemprendieron el camino que habían hecho en la ida. La ya percibida suspensión del tiempo fue en ese entonces algo fundamentado por la linterna que perpetuaba el día. Una vez fuera junto al coronel, Segal sintió que estaba reviviendo lo vivido, porque una fracción de la calle y sus alrededores no diferían con el aspecto de sus recuerdos recientes.

Entretanto, el cochero ignoraba todo suceso ajeno a las órdenes que debía obedecer, hasta el estar ubicado dentro de un área soleada en plena noche. Para justificar sus impresiones, Segal volvió a acariciar las cálidas y brillantes crines del potro. Subió al coche sin apartar su mirada del coronel, como dispuesto a marcharse por un verdadero sentimiento de repulsión, y no por haber sido expulsado. Los Ugarte —el de carne y el ilusorio que se repetía sobre el resplandeciente cristal del coche— se mostraban imperturbables hasta lo temerario.

Segal golpeó dos veces el techo. Apenas se abismaron en la noche, en tramos alterada por la claridad de la luna que se filtraba entre los árboles, el coronel Ugarte derramó el agua de su lámpara, y ésta se mostró, primero, como el discurrir de un arroyo que centellea bajo el sol, y como el hierro fundido que se vierte, luego, porque el agua había memorizado parte del ocaso también. Regresó a su casa, entre suspiros de desencanto. Moriría de muerte natural al cabo de pocas semanas.

Podría decirse que Mauricio Segal no pudo resistir a los hechos, luego de haber observado y experimentado con las fantásticas invenciones del coronel Ugarte. Por momentos que luego adjudicaría a la insensatez, juzgó a la vigilia como una ilusión dentro de las fronteras del sueño, pero otros recuerdos más distantes, menos oníricos, acudían, y tales consideraciones confluían inevitablemente hacia el olvido. Sus evasivas, sus silencios respecto a lo que vivió, contribuyeron a la reaparición de las

mitologías en torno al coronel y sus maquinarias. Se afirmó sin convicción que Mauricio Segal era en realidad un seudónimo que serviría para justificar un relato que nunca llegó a concretarse, que las invenciones de Ugarte formaban parte de la ficción, y que el uso de su persona brindaría algún tipo de veracidad entre los crédulos.

Quien lee también es militante del escepticismo, pero incurre en el equívoco. Estos encadenamientos de letras, que por momentos se desplegaron hacia las alturas, como el vapor, para trazar hojas y ramas, retazos de cielo, contornos de nubes, agrupándose en forma de sol, y que fueron arrojados por ciertos intempestivos vientos como un todo iridiscente para disgregarse, ya en nuestra superficie, en diversos colores y formas, o a veces perdurando entre los resplandores o sobre una irreal esfera de níquel, proporcionaron la impresión de que todo lo leído hasta el momento es en realidad el producto del esfuerzo de alguien y no de algo. Ahí radica el equívoco.

Capítulo 2

Esto no es un hombre

No creo que uno pueda soñar una pesadilla tan terrible y no seguir escribiéndola al despertar

Adolfo Bioy Casares

Era su tercera tarde como desertor y Wenceslao Andrada debía afrontar los filos del viento. La tarde era como una osamenta entre nieblas, porque las nubes disiparon lo que había de febril en los colores. Ese viento formaba azares en su pelo y en su guerrera azul. Traía el perfume de la lluvia desde lo más hondo de lo oscuro, desde el horizonte. Que llueva el árbol, se dijo, y pasó a quitarse las botas. Se apoyó en un tronco áspero. Lo hizo despacio, para no herirse la herida de su pie. Miró con preocupación la mordedura que una serpiente de tornasol tímido le había hecho, entre unos yuyos nocturnos. Había inflamado lo suficiente como para que su cara aindiada gesticulara el dolor. No podía saber si la negra acuosidad ahí dentro era veneno o su propia sangre. Porque se la había recordado, sintió que la herida empezaba a acrecentarse. Pronto la carne se le hizo sismo. Cada temblor lo hacía oscilar entre el frío gélido y el calor árido. Una vez más la sensatez le preguntó si valía la pena seguir como fugitivo por una piedra. Wenceslao agarró el zurrón, le transmitió los espasmos de la fiebre, lo abrió, vio temblar y oyó tintinear una libra esterlina y acarició la piedra o la sólida oscuridad como respuesta. Como el delirio era suave, lo alcanzó un sentimiento de sorpresa: no podía recordar lo que esa piedra significaba. Se lamentó ante el hecho de tener que recordar todo aquello de lo que había huido, sólo para otorgarle significado a una piedra.

Un hilo hecho de surrealismo empezó a delinear el campamento y la soldada pobladora con la que él convivió algún tiempo. Había tramos en los que se interrumpía, como cuando la mirada de su recuerdo miraba los sables y el río, cuyos resplandores eran de sol blanco y arcoíris. Los árboles eran altos como el cielo, y nadie hubiera incurrido en metáfora o equívoco si alguien hubiese pensado que eran verde el cielo y azules las hojas. Sus sombras indecisas se mecían sobre las tiendas y algunos cuerpos dormidos. La plaga era sombra pulverizada a la sombra, y luz pulverizada a la luz. Un fuego para carne y mate ardía pálido en el suelo y en las retinas. Wenceslao fumaba con el torso desnudo. Le ardía la sed y el cansancio. Se acarició la cara y la sintió reseca y curtida. Entre humos exhalados, dibujaba con los dedos espirales en la tierra. La silueta del sargento, con las orejas transparentadas por el rojo vivo, gritó la orden de a pie. Pese a acatar la orden, Wenceslao sintió la íntima satisfacción de la rebeldía, porque se paró una vez todos lo hicieron. Ni que fuera mi tata, pensó.

El capitán Casares emergió de una tienda ardorosa. Ignorando el saludo

marcial del sargento, penduló su mirada por entre los subordinados. Ese acto hacía que sus ojos claros imitaran un océano en vísperas de tempestad. La barba recaía densa, era otoñal y se extendía hasta el corazón. El fulgor del sable dolía en las miradas como hizo doler, desenfundado, en el reseco Tuyutí.

—Soldados —dijo con voz aguda, entre el revuelo vibrante de los tábanos—, a la expedición le queda poco. La Piedra Guaraní está a poco del otro lado del río. Mañana por la noche, si Dios quiere, será nuestra y la gloria también. Yo cumplo con mi palabra, como pudieron comprobar con el adelanto de la paga en sólida moneda de oro. Descansen.

El recuerdo de Wenceslao comenzó a menguar, como a esa hora incierta en que la noche sofoca los fuegos diurnos. Ya lo había adiestrado aquel Paraguay de vaporosas selvas y paludismos insomnes. Sin embargo, recordar el significado de la piedra no sería fácil, porque los senderos de su memoria también eran arduos. Hacer prosa ese pasaje de un recuerdo a otro es decir que Wenceslao hubo de atravesar un halo de tramas verdes, o una visión de bosque desde un tren andando. Avanzó entonces hasta la cerrazón —la noche— en que desertó. Algunos pocos ya habían huido entre los rostros amarillos de los muertos y los humos oblicuos que una emboscada enemiga había provocado. Ahora pretendían ser noche y también silencio, en el claro de un bosque hecho de siluetas. Casares, de rodillas, con el mentón y su otoño de hojas muertas sobre el pecho, no ignoraba que moriría. En lo oscuro, los tres rasos ya habían calado bayoneta. Que apure el secreto, se dijo Wenceslao, porque las yararases acechan. Sobre las sienas azules del capitán goteaban las luces de las estrellas.

—Está bien —había suspirado más que dicho—, les seré un santiamén.

Los rasos se buscaron las miradas.

—La Piedra está a la redonda —y con un gesto de la mano fingió acaparar todo el bosque—. Una yarará la ceta como una cría. La bicha tiene las escamas como alas de tábano carroñero. De una manera u otra, será inevitable adentrarse en un castillo quien lleve la Piedra encima. Una vez dentro, la Realidad se mostrará en su esencia, tal cual es.

Apenas Casares hubo callado, resurgió el silencio. Los rasos le hicieron derredor. La sombra de la bayoneta de Wenceslao se dobló sobre un pliegue de la guerrera del capitán. Fue Wenceslao quien percibió que una luz se estremecía en la nariz de Casares.

Era una lágrima.

Hundieron las bayonetas, casi a la vez. Entre la carne hurgaban blanduras. Por momentos las vértebras refrenaban sus lacerantes afanes, o el mismo roce entre bayonetas. Wenceslao buscaba el pulmón, pero las costillas parecían impasables. Entonces tironeó el fusil hasta quitar su

bayoneta y pasar a hundírsela en la cabeza. Estaba a punto de recrear la sensación del cráneo resquebrajándose cuando el cielo tronó, la tierra temió y los árboles palidieron. Como la guerra se había apropiado de muchas cosas, Wenceslao ya no distinguía entre el disparo de un obús y la caída de un rayo.

Las lágrimas —aguas del paroxismo, suspiros del dolor— mentían la vigilia en los ojos de Wenceslao: los trechos de desierto que hubo de atravesar, lento como una agonía, fueron humos claros; el sol fue iridiscencias repartidas. Wenceslao preguntó a una mujer desnuda, probablemente forzada por brasileros, dónde se encontraba el pueblo más cercano. Era entrada en carnes y los pliegues de su piel se repetían en sombras sin filo. Wenceslao le había mirado el pubis. Porque era desertor y temía una pena capital, lo comparó con una hoguera. La mujer le había indicado que el pueblo más cercano estaba hacia el norte, frente a un bosque de cuyo centro surge un roble de doscientos años. Wenceslao preguntó si podía hacer algo por ella. La mujer se fue, sin respuesta. Wenceslao prosiguió. Casi incorpóreo, con la carne abstracta, habiendo hecho crujir multitud de ramas y despojos de otoño, fue capaz de llegar al roble circundado de tierra colorada. Apoyó su mano cansada sobre el tronco. Como su cuerpo decaía, pudo palpar las grietas rugosas con dedos vibrantes. Doscientos años, recordó, y le bastó pensar en eso para intuir el carácter breve y absurdo de la existencia. No le era necesario algún otro estímulo para llevar a hecho la idea de matarse. Sin embargo, entre un luminoso y crepuscular vapor, un soplo de constelaciones diminutas y diurnas flotando ahí dentro, y el dilatado asomo de un palo borracho, la mirada de Wenceslao alcanzó a descifrar que a lo lejos, bajo una incandescencia agónica, estaba el pueblo que la mujer desnuda había mencionado. Pensó que allá alguien podría salvarlo. Como tantos, encontró salvación en el horizonte.

A medida que se adentraba, el pueblo fue haciéndose cada vez más urbano y vacío. Una de las calles ascendía en pendiente, ocultando el otro lado. Entre aceros aparentes, que eran los adoquines del suelo, el agua reflejaba el fuego de la tarde. Al ser la vereda alta, obligaba a mirar hacia lo alto, donde las simetrías verticales de los edificios se extendían hasta el cielo, haciéndolo parecer plano y sin transcurso. Con esfuerzo, bajo la opresión de su camiseta helada por el sudor, alcanzó a subir la vereda. Mientras lo hacía, los cables de un telégrafo se alejaban como anhelos en un sueño.

En el otro lado pudo ver una procesión con rostros y atuendos iluminados por cientos de velas. Wenceslao eligió ser uno más en ella. A su derecha, las manos de una mujer interrumpían los detalles dorados de un cofre. Miró a Wenceslao, quien a su vez pudo ver el rostro de ella: el dolor la había desfigurado. Wenceslao inclinó la mirada, y veía cómo la amplia y negra falda arrastraba el agua, alterando el resplandor de las velas en los adoquines. Habrá de llevar los güesos de su difunto esposo, pensó. La procesión se detuvo frente a unos arcos de piedra, los de un cabildo, manchados por las sombras color herida de unas palmeras. Wenceslao

también se detuvo, no por haberse habituado a la obediencia, sino porque el veneno le había petrificado la voluntad. El mundo cayó con él. Siluetas apenas humanas, rodeadas de onirismos incipientes, se le acercaron.

—El enemigo ha caído por la fe. ¡Alabado sea Dios! —dijo una voz.

—No —repuso alguien—, el enemigo es el mariscal López que envía gurises al frente.

—Ayuda, por favor —balbuceó Wenceslao—. ¿Este es el castillo? Quiero vivir.

—Delira.

—Me mordió una arrastrada. Necesito ayuda.

—A enfermería. Ahora mismo.

Wenceslao sintió que unos brazos lo alzaban por la espalda. ¿Qué fue Wenceslao sino un chico dormido donde no debía, siendo llevado al lecho adecuado para despertar luego e intuir, todavía influido por el sueño, que había sido transportado por la magia? Wenceslao veía, durante el trayecto, que el cielo con sus colores de nostalgia eran en realidad quienes estaban siendo transportados y no su torso. Vio una brusca y opresiva penumbra de un techo como apurando la noche, a veces a punto de ahondarse en sus ojos, hasta ascender inevitablemente, porque las abadías suelen ser altas. Fue apoyado sobre un montón de heno fragante. Algunas espigas le divertían la piel. Ladeó la mirada, y pretendió reconstruir el resto de la enfermería con los pedazos inciertos que entre la oscuridad se le revelaban. A la espera no le fue necesario prolongarse: el médico, más bien su torso inacabado, apareció pronto con una vela encendida.

—¿Qué pasa? —dijo con seriedad.

—Una yarará le hincó los dientes —respondió uno de los brazos.

—¿Dónde?

—En el pie —especificó Wenceslao.

El médico y la vela se agacharon para comenzar la observación. Aquella luz le descifró el rostro. La hirsuta barba y el remordimiento hicieron que Wenceslao lo viera parecido a Casares. El médico pronto pareció arrepentirse.

—No sé si puedo ayudarle. Después de todo, es usted un enemigo.

—Vamos, doctor —rogó Wenceslao—. ¿Y el juramento hipócrita?

—¿El juramento hipocrático?

Como si ese ruego ladeado de interrogantes estuviera hecho de la misma materia sutil de los recuerdos, el médico se retrotrajo al día en que realizó el juramento tan solemne. Verse joven en su intimidad terminó por redoblarle la vocación.

—Tiene razón, usted. Quítenle la bota.

El requerimiento fue cumplido con descuidada ostentación, habiendo hecho crujir el cuero de la bota. Wenceslao apenas pudo reprimir un grito.

—Oh, no —lamentó el doctor tras observarlo bajo el pequeño fuego de la vela.

—¿Todo bien, doctor? —dijo Wenceslao.

—Por supuesto que no. Más que pie tiene una mazorca.

—Quizá una purga le siente bien —aventuró uno de los quitabotas.

—Más bien deberé practicar la amputación.

—¿Y eso qué es, doctor? —dijo, temiendo, Wenceslao.

—No dolerá mucho. La caña y mi experiencia ayudarán. Cuando quiera acordarse, su muñón estará rosado y lisito como culo de gurí. Ustedes: traigan un tablón y encuentren unas correas. Yo iré a buscar el licor y la sierra.

Retrocediendo brusco, casi asustado, Wenceslao evitó el vacío creyendo sólida a la oscuridad, hasta que se adentró en ella y huyó de la enfermería. En medio de la nada, viraba de modo arbitrario. Sentía que los tres tiempos cognoscibles, el pasado inmediato, el presente desesperado y el futuro incierto, estaban comprimiéndose de manera física, ya que cada uno de sus pasos dejaban a su espalda una presencia suya, hostil y acechante. ¿Estaba huyendo de la Realidad que inevitablemente se le mostraría, según dijo —o advirtió— el finado Casares? ¿Iba a ser los dientes serrándole la tibia, las virutas de hueso formando halos de luna, la Realidad? Sin proponérselo, sin esperarlo, fue capaz de conducirse hasta un lugar carente de soledad, pero casi igual de oscuro: una suerte de nave central, cuyo medio y cuyos lados ocupaban los de la procesión. Aparentaban aún más velas según el

amontonamiento, como si cada uno de ellos llevara consigo una parte de la tarde de afuera.

¿A quién preguntar una salida si entre los muchos jamás hay alguien? Eso fue lo que Wenceslao intuyó. Entonces volvió a elegir su instinto como sendero. El instinto lo condujo hacia recámaras vacías de ocaso, hacia vitrales de colores rotos (como el despertar), hacia largos pasillos de fondos oscuros que no se atrevió a caminar, hacia un lazareto que hedía a lepra. Hizo basta para dejarse morir al pie de un Cristo en la cruz, cuyas rodillas de mármol pálido más que reflejar parecían contener dos fuegos quietos. Wenceslao apoyó la sien sudada y tibia sobre el mármol. Sintió que el frío de la muerte ya se manifestaba incluso en las cosas. Porque se hallaba a punto de atravesar el umbral de lo incorpóreo, comenzó a palpase el cuerpo, presintiendo nostalgia de materia. Pero un llanto, húmedo y sin consuelo, lo sustrajo de ese acto trivial.

Levantó los ojos para mirar hacia el origen del llanto. No lo confundió la escultura de una Virgen con gesto apenado. Parecía, más bien, hacerse detrás de ella. Acaso porque no hay nada más que perder cuando es la vida lo que uno está perdiendo, de ahí que Wenceslao haya sido capaz de levantarse junto con la agonía y moverse hasta ahí detrás. Sin asombro, vio una hendidura de recámara entre dos oscuridades. Mientras la temblorosa mano abría la puerta, el interior se dilataba: la débil luz de un velón surgía de a poco, como quien mira, recostado, el amanecer. Wenceslao supo que era la mujer del cofre quien lloraba. Tenía la cara y las rodillas en el suelo y había apoyado el cofre al lado suyo. Wenceslao preguntó qué le sucedía. La mujer miró hacia el cofre y respondió:

—Mi hijo. Está muy enfermo y nadie puede ayudarlo.

—¿Dónde está su hijo?

La mujer abrió el cofre y Wenceslao sintió un grito de infinita agudeza. El hijo, desde donde miraba Wenceslao, era un pétalo dilatado, de piel, transpirado de encierro. De un extremo, entre unos poros dilatados, le surgía un mechón de pelo. Más acá de sus pies, estaba quizá el único detalle coherente de esa cosa arbitraria: los labios se abrían a un fondo oscuro y a un grito que parecía ahogarse. Con su único ojo miró a los de Wenceslao. Wenceslao sintió que esa mirada incompleta era la de alguien que nunca dejaría de anhelar la perfecta humanidad de los otros. Esto no es un hombre, desesperó Wenceslao, y se dio la vuelta. Había una puerta con un recuadro de vidrio turbio, que hacía del azul de la noche, las estrellas y la luna, un reflejo quieto sobre un lago terroso. Wenceslao abrió esa puerta. Desde la calle sopló un viento que era frío y le recordó cada parte de su rostro. Casi lo tranquilizó saber que el suyo era coherente. Estaba a punto de irse cuando lo retuvo una sensación de olvido. Wenceslao volvió a palpase el zurrón. La piedra ya no estaba.

Capítulo 3

Prosa de los once momentos

El hombre despertó un minuto antes de lo acostumbrado. De no ser por la menguante y alucinógena cualidad que tiene el despertar, habría carecido de sueños, de falsos rostros en las maderas que hacían las vigas del techo. El hombre miró los dos relojes en la mesa de luz hasta que se hicieron uno: eran las seis y cincuenta y nueve de la mañana. Decidió levantarse, no sin antes haberse imaginado listo para salir sin la mediación de tantos pormenores. Fue camino al baño. El frío de las cerámicas bajo los pies descalzos terminó por apurarle la vigilia. Mientras hacía que el filo de la navaja exhalara rumores ásperos sobre una de sus mejillas, el vapor del agua caliente empañó el espejo. Puso la mirada en el espejo, y vio que su rostro era igual a cuando no se recuerda un rostro. El ayuno le hacía sentir que su mente aún era de aire y que se encontraba distante de cuerpo. Una nostalgia fugaz le hizo comprender que ese estado —una generalizada indiferencia— era lo más parecido que un adulto podía recrearse de la infancia, quizá porque una vez más debía subordinarse a las responsabilidades que la rutina impone.

En la cocina encendió las hornallas a modo de calefacción y puso la pava a hervir. Hundió un cigarrillo en el lugar azul del fuego de una de las hornallas. Respirando entre brumas, apoyado en la mesada, puso buena parte de su atención en la punta del cigarrillo que sostenía cerca de los labios, y vio que desde esa quieta perspectiva el calor del cigarrillo hacía estremecer la geografía imprecisa del cielorraso. A la mañana solía despertarse con él una lucidez apurada y una torpeza a veces flagelante. Bajo esa influencia, pensó que esa variante del fuego otorgaba a las cosas el mismo comportamiento que él hubo entrevisto en muchas cosas soñadas. Casi quemó su mano preparando el mate, además.

Despachó el mate de tersa apariencia aunque de rugoso tacto a las apuradas, con dos o tres chupadas de propósito inmediato, doblegándose él al veloz decurso que tienen las horas tempranas. El último mate lo dedicó a pensar. A veces sus pensamientos daban la ilusión de hallarse suspendidos entre las muchas y casi siempre iguales acciones de su día a día. Pero en realidad se ramificaban en silencio hacia lugares cada vez más cercanos a la pesadumbre. Era entonces que en el escritorio crecido de papeles, frente a la ventana con el despacho y su silueta allí reconstruidos, y con el cielo variable entre las partes transparentes, esos pensamientos volvían a surgir, a sucederse dolorosos. En momentos así sólo podía consagrarse a suspirar, como queriendo exhalar su dolor, y de no haber sido por las súbitas y perfumadas presencias de Esede (con quien compartía despacho en aquel piso alto) él hubiera sido capaz de llenar un abismo.

Apagó las hornallas, vistió el traje y salió de su casa. Afuera la mañana era gris, o más bien grises entre las dolorosas contorsiones de las ramas,

cuyas pobreza de hojas el viento avivaba en aleteos desesperados, como pétalos marchitos a las orillas de algún aislado sendero. Sobre los altibajos de la tierra que era también el elemento que hacía a la calle, los charcos —recuerdos de la mojada víspera— brillaban con el mismo húmedo brillo que hay en la tez del que agoniza. Quiso el destino (como él sabía decir) que por aquellas veredas tantas veces por él caminadas ningún asomo de irrealidad se le haya manifestado como se le manifestaría luego, a no ser por la dormida presencia de un gato desmesuradamente obeso que él jamás había visto.

Esperó el tranvía unos minutos más de lo que su cuerpo recordaba, bajo la parada de fierros sin sombras. Estuvo a punto de insultar la acostumbrada impuntualidad del transporte público, pero el tranvía llegó pronto, desgarrando chispas y tolerancias de oídos. Subió, pagó, y para eludir la soledad buscó asiento frente a un hombre gordo. El gordo leía el diario. Él intentó descifrar las en apariencia mojadas líneas que los lentes del otro reflejaban. Figurándose algún desatino, evitó el diálogo y miró hacia la ventana. El oscuro semblante suyo, con sólo uno de sus contornos como algo definitivamente humano, derivó nítido en las calles cinéticas. En el afuera raso de baldosas grises, algunos papeles fingían los pájaros de rigor. Porque al poco pensó en Esede, pronto empezó a mirar como quien respira. Aunque ella estuviera dentro de su imaginario, prestada por el recuerdo, él era incapaz de amarla. Alguna noche él fue encontrado por el sueño mientras leía. Hubo un párrafo que le inspiró algunas reflexiones entre las arquitecturas imposibles. Pensó, durante el sueño, que el amor que él sentía por Esede no era aquel que desnudaba en las abstracciones, sino que estaba más allá de los sentidos, como las cosas detrás del sol. El tranvía y los recuadros de calle se detuvieron en la parada de siempre. El hombre bajó. La avenida Triunvirato surgió nocturna y con regusto a madrugada. El fondo de la avenida amontonaba las flotantes luces de los autos, y todo era como el horizonte de un puerto en las horas azules. Los vientos araban las nubes... Él infirió que tan temprana oscuridad era el indicio inconfundible de una tormenta violenta. Caminó las cuadras que lo separaban del trabajo. En el trayecto fue muchos y también ninguno sobre los desiguales vidrios que lo reflejaron. Una vez llegó a la puerta del edificio, sacó de su bolsillo el juego de llaves. Estaban tibias y olían a latón húmedo. Abrió la puerta. Adentro la oscuridad palpitaba o se retorció —no hay oscuridades quietas— pero inconfundiblemente divagaba sobre sí misma. El hombre comprendió que había silencio porque había vacío. Encendió las luces. Apareció un ente cuyo verde y arbitrario comportamiento no le estimularon el miedo, porque era el último resto de oscuridad diluyéndose en sus retinas. Aparecieron, también, los mobiliarios prolijos y otras tantas cosas que no merecen la prosa. En distintas ocasiones el hombre sintió la soledad, ya sea porque su voz no era capaz de narrar a alguien más las vicisitudes de su ánimo o porque Esede no haría más llevaderas las horas de su jornada. Pero esta vez la soledad era un hecho. Fue entonces que percibió el ruido de una presencia. Frente a la necesidad, eso le forjó alguna esperanza. Sin embargo, una lucidez alcanzada de melancolía le hizo comprender que

tantos años en aquel edificio sólo habían servido para distinguir el origen de tan triviales sonidos. Provenía del primer piso.

El hombre y la sombra erizada del hombre subieron las escaleras. Abrió la única puerta del largo pasillo, flanqueado por ventanas y cielos ulteriores, y encendió las luces. Sobre las cuadriculadas simetrías de las baldosas blancas y negras yacía, boca abajo, el cadáver de un hombre. El sombrero y la sombra impedían cualquier indicio de facción. Las arrugas del oscuro traje eran relieves iluminados, prados de tela a la luz de aquella artificial luna. Entre los dedos tiesos de la mano derecha había un cigarrillo con el humo y la incandescencia quietos. En el reloj de la pared se interpretaba que eran las cinco y media pasadas, y que el tiempo estaba en realidad retrocediendo.

El ánimo del hombre recorrió todas las variaciones de la confusión entre pálpitos de sólida cadencia. Apagó las luces, y a la oscuridad no le fue posible contraerse hasta que el latente y abstracto corazón no hubo desaparecido de ella. Prefirió elegirse sumiso ante el destino que se le presentaba.

Subió entonces al piso siguiente tras oír un ruido similar al anterior. En el segundo piso el cadáver no parecía manifestar diferencias, pero de lado era posible observar dos cosas: que una mínima diferencia hecha de nada le impedía el suelo, y que las puntas de ambos zapatos servían de apoyo, arrugando la luz. La pulverizada sangre que en el tercero y cuarto piso se mostraba como una sugerencia para la concentración, una sutil aunque disruptiva provocación frente a la mirada, en el quinto piso fue evidente. Como es correcto inferir, cada piso era poseedor de los diferentes e inversos movimientos que hacían la secuencia de esa muerte. A medida que subía, el hombre vio, flotando, fragmentos de la aparente cerámica que aunadas conforman el cráneo, restos de seso y momentos de sangre. Frente a aquellas irrealidades quietas, el hombre creyó pensar que el azar puede llegar a ser más meticuloso de lo que aparenta. En el anteúltimo piso, el décimo, el que tantas veces fue muerto aparecía a punto de encender un cigarrillo. Bajo el ala del sombrero, entre la sombra, se adivinaba un orificio apenas dilatado, color marchito. Tras los vidrios de las ventanas, la lluvia caía en ascenso. Sobre el afuera de los vidrios, las iluminadas gotas reptaban hacia arriba. Esa lluvia que para la cotidiana lógica del hombre fue parte de su más inmediato ayer, era ahora un anacronismo, un anticipo del amanecer que vendrá, una dolorosa por inútil proyección de sus recuerdos.

El hombre abrió la puerta del undécimo piso, la del despacho que compartía con Esede. Como si los diez pisos anteriores no le hubieran hecho perder el razonamiento (ya cualquier asomo de esperanza era inútil), el hombre creyó que abría hacia el interior tantas veces visto. El otro hombre, el que estaba de espaldas a él, apeló tal vez al mismo razonamiento al abrir la misma puerta. Pero al igual que aquel que le precedía y los que le seguirían, no vio otra cosa que el mismo hombre abriendo la misma puerta, una y otra vez. El hombre pudo observar sin darse la vuelta que detrás suyo las muchas siluetas de idénticas mujeres apuntaban, con un arma de cañón corto, a la misma nuca, una y otra

vez... Él, y quizá todos, pensaron: Yo, que tantas veces he muerto por desamor, no temo a morir una vez más. ¿Así que para qué darme la vuelta y ver tu rostro tan ansiado por mi tacto, Esede, si una vez más la soledad me mirará desde tus ojos?

El hombre y todos los él encendieron un cigarrillo, que ninguno alcanzó a fumar porque antes los alcanzó el mismo infinito disparo.

A Octavio Segal. Autor, en sueños, de los once momentos.

Capítulo 4

Humo azul y viento tórrido

I. En el judío, el dibuk es el espíritu del muerto repudiado, y el sonámbulo es el durmiente por él poseído. En el Evangelio de Lucas se lee que Yeshúa, durante el velorio de una niña, es burlado por los padres de ella al decir que no está muerta, sino dormida. En algunas ramas del protestantismo consienten la idea de Lutero de que la muerte es el sueño del alma, una espera entre la ciega tierra a la resurrección. En el Facundo, Sarmiento pide al ya muerto tigre de los Llanos que se despierte y nos explique el motivo de las convulsiones que desgarran esta patria. En sus memorias, el esquizofrénico Daniel Paul Schreber considera que dormir es prefigurarse la muerte. En el dorado como de reliquia memorial de mi madre se lee, en letras hundidas por algún habituado cincel: "A tu sueño eterno nuestro amor eterno". En casa de mi hermano, donde nos dirigimos todos los presentes una vez concluyó el entierro, una amiga me dijo que ella, mi madre, no estaba muerta sino dormida, y que una prueba de ello sería su presencia durante mis sueños. Porque mi dolor era hondo como la noche, no pude rehuir de nada que no se asemejara al consuelo y lo creí verdadero, aunque de demorada, quizá imposible manifestación: desde su pálida agonía supe que ella dormiría lo que yo no. Incluso antes de que todos se fueran, me encerré con llave en la noche de mi dormitorio. El dolor no me era hondo como la noche, eso lo pienso en retrospectiva ahora que soy humo azul; sino que ahí supe que los días tienen peso, y que entonces se me encimaron todos juntos. Tenía necesidad de Dios, pero lo real, lo recibido, tiene más raigambre que la imaginación. Porque el irreal fondo de un espejo, porque pensé en Dios, me puse boca arriba y miré hacia el techo, donde no había fondo pero tampoco Paraíso. A esa hora en el techo había jirones de niebla inquieta y onírica, recuerdos de nube. No pude hacer otra cosa que imaginarme lo que era dormir.

II. Una vez —como tantas otras veces, como antes de que ella muera— pensé en matarme: disgregarme por la llegada de ese sueño súbito, aunque en un lecho de riel. El motivo ya no sería ese estremecimiento de aire casi sólido y con regusto a azul que es la melancolía, sino que sería ese fúnebre haber sido que seguía siendo. Esos pensamientos me hostigaron durante una caminata, a esa hora de la madrugada donde es la puesta de luna. Algunas estrellas ardían, vibrantes, sobre las siluetas más anohecidas que la noche, como en ocaso. En lo terreno, un charco mostraba su adentro de cielo. Pensar que por estas veredas me figuraba el amor como una serie de encuentros casuales, me dije; pensar, proseguí, que antes era capaz de anhelar con fervor. Estaba a un dolor de llorar, otra vez.

Arrastré mi carne insomne hasta el parque, que mis ojos cansados de tanto mirar rebajaron a un sucesivo montón de floras abstractas, de sombras sin alrededor, de conceptos sin luz. Me senté en el banco de piedra donde besé por primera vez, bajo una punta de roble macizo. A esa hora la tierra colorada del sendero irradiaba una luz de orbe distante. Al fondo de mi derecha, encima de una fuente de piedra, amanecía. Mis ojos, que poco antes también me duplicaron la luna, me dijeron que esos brotes de agua fueron los que habían clareado el cielo. Pensaba mucho y sin método, como un lector ávido. Amanecía de manera inapreciable como todos los amaneceres, hasta que un parpadeo nuestro coincide con el del mundo, pero ya los días me eran el mismo dilatado día, y los ayeres un único remoto.

Encendí un cigarrillo, lo suspiré al amanecer y fue como si un incendio menguara. Miré los juegos, cuyos hierros pulieron tantas infancias (me incluyo) y pensé que a todas las cosas le seremos indiferentes hasta que no las violentemos con un filo. No la vi, pero oí y sentí que una bandada se hizo viento al desbandarse y luego fueron árboles entre los árboles. Con la espalda y el cuello hacia atrás, mi cabeza en suspenso por la voluntad solamente, me hice ebrio. En esa dejadez el cielo era de árboles, y el suelo de luz ígnea. Recuerdo que recordé, pero no sé qué. Ahora que soy humo azul sé que el único recuerdo importante vendrá luego. Sentía al dolor como pasos que caminaban en mi adentro, así que me fui del parque. Crucé en frente sin mirar a los lados, no porque el dolor me haya estimulado a premeditar mis negligencias, sino porque hacerlo me hubiera llevado a pensar que su reciente ausencia no afectaría mis hábitos. Iba a orillas de una pared que en plena vigilia de sol se otorga blanco, pero que ahora era del mismo vago añil con el que se prologan las noches de diciembre. Por un resquicio se filtraba un trébol que saludaba a todos los vientos. Cerca de la casa de mi hermano el adentro del charco ya no era de cielo, sino que dentro de sus orillas iridiscentes parecía reflejar un recuerdo.

Entré y vi que a toda esa heterogeneidad de cosas con que se manifiesta el decurso las iluminaba el amanecer, pulverizado. Mi hermano no estaba en casa, y le reproché que con rutina pretendiera alcanzar el olvido. Quizá lo movió el enojo cuando le dije, sin noción de ubicuidad, que mi última voluntad sería que me cremaran. Entré a mi dormitorio, me recosté, fumé, sin percatarme, algo del algodón del filtro, y miré el techo. Imperceptible hasta mediodía, las vigas contraían sus lados de sombra. Entre una viga y la pared, una araña había hilado con el hilo incandescente del crepúsculo. De a pares, las manchas de la madera fingían mirarme. Había tramos de lepra, que era humedad. Ahora que soy humo azul sé que el techo iba a desmoronarse, pero antes de serlo no supe hacer otra cosa que recordar la tarde en que mi padre lo construyó.

III. Supe que había dejado de ser chico un día en particular: el día en que me percaté que la casa iba a ser refaccionada. Antes consentía los cambios como a quien le es dado el otoño una vez tiene conciencia, pero esta vez mi padre y mi abuelo habían desmantelado el techo.

Yo los veía trabajar desde el abajo de la cocina, doblegados por el equilibrio, los retablos de cielo azul entre las vigas. La silueta de mi padre se daba la vuelta para sonreírme, brevemente, con una sonrisa dientuda y cuadrada, una sonrisa irreal. Respondí con la misma sonrisa y él sonrió de verdad, porque mis defectos dentales le parecieron el último anacronismo de mi infancia.

Martillaban sobre las vigas en intemperie. Poco a poco, me iban privando del hondo y distante. Con un soplete de fuego transparente, en alguna cuadratura despejada, fundían la membrana. En ese recuadro el humo era azul porque el cielo, y un viento me traía su tórrido. Era mi abuelo el que impartía órdenes. Cuando ambas siluetas se alejaron junto con sus auras de cielo menguante, en la ventana de mi dormitorio ya había noche entre las hojas. Entonces las voces no me venían fatigadas por la distancia, sino que me las oscurecían el color de esa mi noche.

IV. Recostado en la cama de mi dormitorio, recordé que había preguntado el motivo de aquella laboriosa intervención. Mi padre me dijo que mi madre temía que en cualquier víspera de tormenta el techo aquel se nos viniera encima. Luego me percaté de que había suspendido el parpadeo. Cuando lo reanudé, lo hice cuatro veces. A la primera, el techo ya no reflejaba, como aguas soleadas, mis recuerdos. A la segunda, comprendí que lo que mi madre dijo era una profecía: el techo comenzó a resquebrajarse, sus fisuras sangraban la pálida sangre del cielo, y entonces comenzó a desmoronarse. A la tercera, parpadeé por puro reflejo ante el miedo; y no lo oí ni lo sentí, pero vi cómo sus escombros se hicieron desbandada y luego fueron pájaros entre los pájaros. A la cuarta, me hice humo azul; y todavía asciendo hasta que me disipe entre el viento tórrido de este verano.

Capítulo 5

Ucronía

La arena en que desperté era tibia y era húmeda, y de un color receloso por el día agreste. Esta orilla, esta quietud, este pensar, después del naufragio, eran para mí el confín del océano y mi desdicha. Quise incorporarme, pero el dolor. Con un esfuerzo pude un símil. Pude ver mis piernas, milagrosamente sanas, y supe que un milagro es aquello que impide la añoranza. También miré el mar: era el delirio de un dios. Que el mar no me haya apocado me dio temple y me levantó. Pretendí un sendero, pero no hacía otra cosa que azar. Había un bosque, que me paró a escrutarlo. Por entre los desgarros de la urdimbre se embestían presuntos, como pesadillas. Mutilé impedimentos con mi acero, me susurraron dolor. Me hundí oscuro. El esfuerzo fue breve: el bosque no era otra cosa que un escollo silvestre. Del otro lado no había tal porque se repetían la arena cenícera, el cielo blanco y el mar violento. El olor del mar me trajo el del fuego. Miré ese olor, que se tradujo a meseta y una humareda tendiente a lo oblicuo.

Antes de la hoguera llovió un algo, aunque sediento. El corcel —una luna de manzana arenosa— y su jinete —una epístola a medio quemar— se habían ido. La necesidad de cobijo y otras prioridades me deformaron la lógica. Llegué a pensar qué tan fiero ha de ser un cristiano para que esta tierra bárbara, desconocida, no lo menguara hasta su completa extinción; para ofrecer, con la espalda tranquila, fruto a la bestia y leer al raso del fuego. La pregunta me temió el cuerpo, porque el recuerdo de la tempestad era demasiado reciente como para considerarlo una aleación en el metal de mi ánimo.

Me fue otro idioma seguir las huellas, por lo que pontifiqué cada sinuoso. Vagué, sin huellas. Subí una cuesta color celta. Miré a poniente: el cielo era el mar. Distante, se engastaba un burgo. Por distante, era incipiente y de cuadriculada civilización. Largas murallas disuadían hordas posibles. En lo remoto, creí ver una torre altísima, atenuada de bruma. Yo observaba sin razón, me la ocupaba una pregunta: ¿Cómo era posible estar en Europa, aún, y más en mi patria? Inefable no es la palabra que sentí, pero ¿cómo decir al todo que pretendía alojarse en mi carne breve? El recuerdo, la distancia y la noche son los que escatiman las formas, pero es el temor quien las recrea. Quise ser razonable y eso me empeoró: tal vez era mi nostalgia que se proyectaba, como una cámara oscura, sobre alguna confusión de las Indias.

Me olvidé de mi mente y caminé la distancia de parcela hacia los intersticios. Nadie custodiaba las murallas. Las primeras calles, por la arcada, eran más estrechas aún, vacías como viento. Era la paz, pero la escasa costumbre me decía armisticio. Dentro, el sol fue súbito y era griego, porque había esa luz que codicia el detalle y propicia lo alucinógeno. Su fervor, su fulguroso, tornaba sutil aunque iridiscente la

calzada de Augusto. La humedad oscilaba transparente y trémula, y llenaba el aire de tedio. Pronto, un crepitar me distrajo el entorno. Alcé la mirada y vi una celosía abierta a un fondo de tapiz. Asomó un hombre con apariencia de patriarca y me dijo:

—¿□□□□

No supe qué responder, no porque no comprendiera el moro, sino porque reconocí su rostro. Era Abdulá, un vecino de raza infiel, cuya expulsión acaeció a instancias de un real edicto cuando yo era mozuelo. Del borde surgió una mujer enteramente velada por aquel azul propio de los mosaicos de Oriente. Por un lapso fue un objeto de tan quietísima. El hombre cerró y la celosía pulverizó ambas siluetas. Surgió un silencio parecido al de la parte de la infancia que no recordamos.

Sin pensarlo, di vuelta a la esquina de perfil turquesco y se me apareció la calle de mi casa. Vi la vaporosa luz atenuando las terrazas del color de la arena, las enredaderas colgantes y las palmeras erguidas y sentí que alguien tocaba mi hombro. Ya no era nostalgia lo que apreciaba sino realidad, por lo que el recuerdo de ese contacto fue involuntario y me llegó a confundir con lo físico. Sentí además que se me adentró un inhóspito, un desierto, la soledad de Sísifo, una soledad originaria. Helaron mis huesos. Los percibía en la cumbre del Cáucaso, pero aledaña a un candil mi carne latiente.

Alguien, desde un portal en penumbra, me hizo gestos de que me acercara. Era una cristiana en hábito que me preguntó, en castellano, los porqués de mi apariencia ruin y mi empeño en el divague.

—Soy un náufrago —contesté casi con voz nula, y esas palabras me hicieron comprender que a la vez yo era un extranjero.

—¿Ha comido? —me dijo, apretando las bolillas de su rosario.

—Un resto de manzana. ¿A qué hermandad pertenece usted?

—La de los leprosos.

—Dígale al padre Miguel que me encuentre aquí afuera.

—A las galeras he de ir —me contestó, santiguándose.

—¿Cómo?